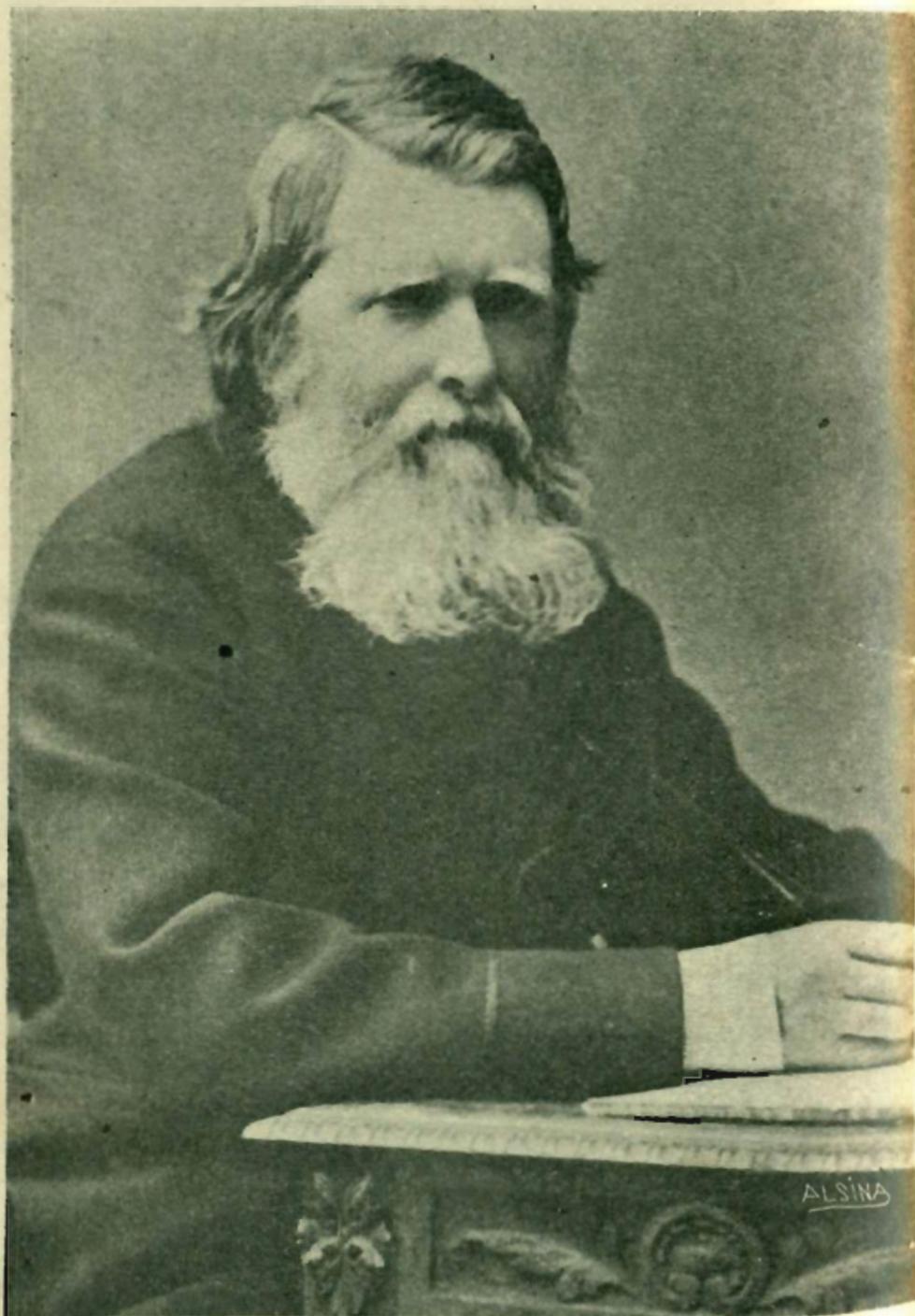


Proclio Sotelo B.

LOS JARDINES
DE LAS REINAS

Imprenta Alsina
SAN JOSÉ, C. R.

1912



JUAN RUSKIN

1819-1900

FAMOSO AUTOR INGLÉS. CRÍTICO DE ARTE Y FILÓSOFO

Ninguno de mis verdaderos discípulos será nunca un Ruski-
niano ; seguirá no mis precep-
tos, sino los propios instintos de
su alma y el impulso de su Crea-
dor.

RUSKIN

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

14

JUAN RUSKIN

Los Jardines de las Reinas¹

CONTENIDO

	<u>PÁGS.</u>
Historia de Ruskin, por Lyndon Orr.....	6
La realeza más pura.....	28
Oficio y <i>rango</i> de la mujer.....	29
El testimonio de los más sabios.....	33
La sumisión caballeresca.....	41
La educación de la mujer.....	43
La caridad femenina.....	55

¹ Con este título, en honor de sus heroínas, consagró Ruskin al feminismo un admirable capítulo de su obra *Sesame and Lilies* (Sésamo y Azucenas). Es el mismo que hoy publicamos, adoptando la buena traducción castellana de Pedro Corominas.

Historia de Ruskin

La historia de los Ruskins está íntimamente unida á la historia personal de Juan Ruskin, uno de los más alentadores críticos de arte y uno de los más espléndidos maestros de prosa inglesa que hayan vivido jamás. Murió hace apenas nueve años, cerca de los ochenta de edad. Fué por más de sesenta años personalidad importante en el mundo del arte y de la literatura. Su actividad fué grandísima y no se redujo solamente á los dos asuntos susodichos; fué también un militante socialista, un fervoroso apóstol de la reforma, y un entusiasta experimentador en muchos terrenos.

Ruskin nació en 1819, de padres excepcionalmente fuertes y viriles. Su padre, Juan Jaime Ruskin, fué un escocés, domiciliado en Londres, pero escocés hasta la médula de los huesos. Era un hombre de gran energía, sano juicio y de miras liberales en muchos puntos. Comerciante en vinos, había adquirido, por su propia astucia y previsión, una fortuna de un millón de dólares, después de haber pasado nueve años pagando las deudas que dejara su padre.

El Ruskin primogénito había recibido una educación clásica en Edimburgo. Le

gustaban las buenas lecturas y los viajes. Era desprendido con su dinero, se había domiciliado cómodamente en un agradable suburbio de Londres. Fué, sin embargo, gran conservador en política y en religión. Creía en la economía política de antaño, reverenciaba al rey y á las autoridades constituidas. Era estricto en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, tal como él las entendía.

Su esposa, la madre de Juan Ruskin, había nacido en Edimburgo. Catalina Tweddale, así llamada antes de su matrimonio, tenía un carácter fuerte y original, y era, además, físicamente vigorosa. Era una de las llamadas Cristianas Bíblicas, que interpretaba las Escrituras literalmente, y practicaba sus preceptos con rigurosa exactitud. Es necesario recordar la naturaleza de este hombre y de su esposa, para entender mejor algunos de los rasgos característicos y notables peculiaridades de su famoso hijo. Recordaremos también que la herencia nos obliga á dirigir una mirada retrospectiva.

El mismo Ruskin no le daba ninguna importancia á su origen. En uno de sus famosos libros, hace ostentación de sus relaciones con un cierto curtidor y con el dependiente de una fonda. Algunas de sus más admirables cartas fueron escritas á un humilde artesano, un cortador de corchos, en cuya educación Ruskin estaba interesado. Pero es un hecho que su genealogía nos lleva hasta algunos de los nombres más nobles de

Escocia: los Adairs, los Agnews, los Rosses y los Dalrymples. Entre sus antecesores, se encuentran soldados, eruditos y funcionarios de alto rango. El mismo nombre de Ruskin es probablemente una corrupción de Erskine, que sugiere en Escocia la idea de honor y distinción. En una cosa, sin embargo, eran sus antecesores más ó menos parecidos. Todos tenían un fuerte aliento del espíritu de conjuración que los hacía testarudos, arbitrarios é intelectualmente originales.

No es sorprendente hallar que Juan Ruskin, aunque nacido en Londres, era en muchos respectos el resultado de la herencia. Hasta hablaba con marcado acento escocés; y sus autores favoritos eran Juan Knox, Walter Scott y Tomás Carlyle, á pesar de que en su niñez se nutrió también con lecturas de Bunyan y Defoe.

En lo que sí difería de sus padres y de sus remotos antecesores, era en su estructura física y en una especie de apacible obediencia por lo que hace á su vida doméstica. Es extraño, en verdad, que el retoño de un tronco tan robusto fuera durante su larga vida un inválido, espuesto á graves dolencias físicas. A los nueve años, casi muere de un fuerte resfriado que tomó de humedecerse en el río. A los diez, tuvo otra enfermedad no menos alarmante, de cuya naturaleza no se tiene recuerdo. A los dieciseis, le atacó una pleuresía y por varios días estuvo deshauciado de los médicos. En Oxford, á los veintiun años, sufrió una he-

morragia pulmonar y de tal modo lo aniquiló que se vió obligado á dejar la universidad, adonde nunca más volvió como estudiante.

Mientras viajaba por Italia, en busca de salud, tuvo varios ataques de fiebre. A la edad de veintinueve años, le volvió la pasada enfermedad de los pulmones, y al año siguiente, una grave afección en la garganta disminuyó aun más sus reservas vitales hereditarias. Entre los treinta y cuarenta, cayó en un estado de melancolía que se hizo crónico, durándole hasta su muerte.

Es admirable que, á despecho de todo, viviera hasta los ochenta escribiendo, estudiando, conferenciando, experimentando en sociología, sin ahorrarse fatigas y finalmente, sobreviviendo á la mayor parte de sus contemporáneos. Esto demuestra que aun cuando sus fuerzas físicas decaían amenudo, poseía una inmensa reserva de fuerza nerviosa que lo sostenía en todas sus enfermedades y fatigas, á causa de las cuales muchos hombres al parecer más fuertes, han sucumbido.

Vida retirada de Ruskin

Ruskin fué hijo único; y desde la niñez se sintió protegido, en cierto modo, por el carácter firme de sus padres. Por lo que toca á la vida material, él vivió desahogadamente. Nunca se vió forzado á batallar por la vida. La gran fortuna de sus padres estuvo

siempre á su disposición; y cuando su progenitor comprendió que el muchacho era un genio extraordinario, nunca le limitó ni negó nada. Por consiguiente, el joven Ruskin estuvo libre de cuidados. El pudo satisfacer su gusto por el arte, comprar cuadros, dotar museos, ser su propio editor; ó discutir, si así lo deseaba, sobre cuestiones inmateriales, sin tener que pensar en lo que se refiere á las entradas. Aun después de muertos sus padres, cuando Ruskin había ya tirado á la calle toda la fortuna que ellos le dejaron, todavía recibía por sus escritos una entrada anual de veinte mil pesos, no teniendo que saber nunca lo que era pobreza, ni las inquietudes por el dinero.

Todo esto dió á su genio completa libertad. A sus escentricidades, por así decirlo, se les había concedido una dote. Si él hubiera sido menos mimado, habría sido un hombre muy diferente en todos conceptos. Talvez fué bueno para él y para el mundo que las circunstancias de su vida fueran como quedan descritas; pero, por otra parte, le hacía falta la dura experiencia que hace á los hombres verdaderamente fuertes. Aún físicamente, puede que esto le haya hecho daño.

Para todo el mundo, era un reformador radical, que atacaba por completo el sistema comercial de la vida moderna, y disparaba epítetos incendiarios sobre las cuestiones sociales. Sin embargo, más parecía un niño que un hombre grande, en el hogar

de sus padres, con quienes había vivido toda esa época de la vida en que se forma la personalidad. Se sometía á la voluntad de sus padres en todos los asuntos domésticos. A los cuarenta años de edad, solía tapar sus cuadros los domingos, porque á su madre le disgustaba todo aquello que halagara á los ojos y distrajera la mente de las meditaciones espirituales. Por otra parte, esta constante vida de hogar hacía de él un mozo presumido cuando era todavía un chiquillo. A la edad de cuatro años, escribía cartas, algunas de las cuales se han conservado, que parecían escritas por un joven. A los siete, principió á producir piezas originales en prosa y verso. A los nueve, terminaba ya un poema titulado: *Eudosis: un Poema sobre el Universo*.

Él mismo, años más tarde, comprendió que una vida claustral que se compone de mimos, alabanzas y castigos ocasionales es malsana y antinatural. Ya viejo, escribió que, cuando muchacho, él había llevado «una especie de vida semejante á la del loro de Robinson-Crusoe, limitada, orgullosa, satisfecha, presumida, cuyo punto céntrico me parecía ocuparlo yo». También habla de «la instalación maternal de su pensamiento», lo que es un rodeo para decir que él era una especie de «mimado de la mamá». Podemos talvez resumir todo esto observando que llegó á ser físicamente poco desarrollado, mentalmente, mucho, y sensitivo hasta un grado increíble.

Ruskin y Clotilde Dumecq

Cuando Ruskin tenía los diecisiete, fué visitada la familia por un socio de su padre, un francés que viajaba con sus cuatro hijas. Era inevitable que Ruskin, hasta entonces sin el trato de las señoritas, se enamorara violentamente de una de ellas. Y sucedió que el joven sencillo, desfavorecido y pedante quiso enamorar de un modo insensato y pedantesco á Clotilde Dumecq, la mayor de las hijas, con dieciseis primaveras, pero también con un conocimiento mayor de la vida. Ella se reía de los suspiros y tristezas del joven como también de los poemas que le dedicaba.

Ella, una niña bonita, vivaracha y jovial, llegó á pensar que el joven Ruskin no se podía tomar en serio, y mientras más suspiraba él y sufría, ella más sacudía sus rizos y reía. Lo que la divertía más era que en los poemas que le dedicaba, la llamara Adela en vez de Clotilde, por la sencilla razón de que el nombre Adela rima con muchas palabras inglesas.

No hay duda que por un tiempo esto la divirtió, pero al fin llegó á fastidiarla, y así se lo hizo saber al joven Ruskin. Este se ofendió terriblemente, pero no dejó de escribir versos y suplicó á su padre que se la pidiera al de «Adela» en matrimonio. La señora Ruskin se opuso vivamente á dicha unión, por ser los Dumecqs católicos; pero la causa real era que á la señorita le impor-

taba Ruskin muy poco. Más tarde, ella se comprometió con un francés de la nobleza. Cuando Ruskin supo del matrimonio (á pesar de que sus padres trataron de ocultarle tal noticia) cayó gravemente enfermo y no se repuso sino después de varios años.

Ruskin y Carlota Lockhart

Como ya queda dicho, este incidente puso término á su carrera en Oxford; entró enseguida á la Christ Church, en donde sus condiscípulos lo miraban más como una niña que como un hombre. Dejó este sitio para viajar por el Continente. Allí su salud mejoró mucho y al volver á Inglaterra fué tan poco afortunado que se enamoró de nuevo, esta vez de la Srta. Carlota Lockhart, nieta de Walter Scott.

«Ella dió poca importancia á lo que yo le decía» él mismo declaraba después; y cuando se casó con el Sr. Hope Scott, Ruskin fué cayendo en una melancolía excesiva, agravada con dispepsia y otras dolencias. Tan crítica llegó á ser su condición, que su padre intentó darle un tratamiento que puede llamarse heroico. El debió haber pensado para sí algo como esto:

«Mi hijo es muy sensible. Dos veces se ha enamorado y como no le han correspondido, ha estado á punto de morir. Sería bueno que yo arreglara un matrimonio con alguna niña que lo aceptara. Así él tendrá

la compañía y el cariño de una mujer y no sufrirá como hasta ahora».

En otras palabras, el viejo Ruskin tomó por su cuenta la cura matrimonial de su hijo. Es un rasgo característico del hijo haber aceptado dócilmente la propuesta del padre.

Su matrimonio con Eufemia Gray

Siete años antes, una familia escocesa de apellido Gray había visitado á los Ruskin en Herne Hill. Una señorita de dicha familia pidió entonces, y con éxito, á Ruskin que le escribiera un cuento de hadas. Desde esa época no se habían vuelto á encontrar. Por el año 1847, el viejo Ruskin, recorriendo el círculo de sus amistades, recordó á esta joven ya casadera, de buena familia y sin ningún compromiso. Por consiguiente, escribió al Sr. Gray y después de mucha discusión, lograron que la niña consintiera en ser la esposa de Juan Ruskin.

Eufemia Chalmers Gray era, en efecto, algo más que una una señorita en disponibilidad. Alta y hermosa, tenía espíritu elevado y un gran amor á la vida, fruto de su desbordante vitalidad. Su fisonomía era de una hermosura esquisita y poseía modales encantadores. Es difícil comprender como se resolvió á ser la esposa de Ruskin; pero no obstante, en Abril del año 1848, esta mujer escepcional se casaba, en Perth, con el encogido, tardo, dispéptico, melancólico hijo

del rico comerciante en vinos de Londres.

Es cierto que se miraban mutuamente con indiferencia. Pero ya estaban casados; y aquí los biógrafos corren una cortina sobre todo lo que pasó en los cuatro años siguientes. Se sabe que Ruskin enfermó de gravedad, poco tiempo después. Grandes gotas de sangre mancharon su fina barba. La cámara nupcial se convirtió en una enfermería, olorosa á feas medicinas y frecuentada por médicos especialistas. Ya convaleciente, trató de viajar, pero de nuevo cayó postrado. Por fin abandonó á su mujer y se fue con sus padres á pasar un año en los Alpes.

Cuando regresó á Londres, seguía siendo un inválido. Consagró por completo su pensamiento á la arquitectura y al arte. Le gustaba pasar las horas en su biblioteca, haciendo esquemas, escribiendo y tomando notas. Le disgustaban todos los deberes sociales. Consideraba una pérdida de tiempo eso de andar en bailes, recepciones y otros entretenimientos. En cambio, su hermosa mujer ansiaba los placeres de la vida social. Ruskin la acompañó una vez para presentarla á la corte, pero hecho esto, pensó que élla debía estar muy satisfecha con quedarse en casita, sin esas diversiones á que tienen derecho las niñas de grandes atractivos.

Para una vida como esta no había más que una conclusión. Cuando Eufemia Gray se casó, no amaba á su marido, pero tan poco amaba á nadie más. Después de tres ó cuatro años de matrimonio como se ha des-

crito, era natural que mirase á su marido con cierta aversión. El amor es para toda mujer un derecho primordial y más para toda esposa; y cuando no lo recibe, cuando se siente desdeñada, es natural que llegue un momento en que, si alguien se lo ofrece, ella lo acogerá con el corazón encendido. Esto fué lo que le sucedió á Eufemia Ruskin.

La amistad con Millais

En 1853, Ruskin se interesó mucho por la nueva escuela de pintores ingleses llamados Prerrafaelitas. Entre los miembros más jóvenes de dicha escuela estaba Juan Everett Millais, quien ya á la edad de diecinueve años se había ganado todos los premios ofrecidos por la Real Academia. Era un hombre muy agradable, conversador entretenido y lleno de ideas originales. Ruskin lo conoció cuando pintaba sus famosos cuadros *Cristo en casa de sus padres* y *Los amantes hugonotes*. La amistad entre los dos hombres se afirmó más y en 1853, Ruskin invitó á su amigo á pasar una temporada de verano en su casa de campo.

Tan pronto como el joven pintor adquirió cierta confianza, ofreció hacer un retrato de Ruskin y su señora. Inconcientemente y en muy corto plazo, ella y su huésped se hicieron íntimos amigos. Millais tenía entonces 26 años, era guapo, triunfador y lleno de la alegría de la vida y de su auge actual. Sus modales eran galantes, los de

la persona que ha vivido en el gran mundo, que conoce á los hombres y también á las mujeres.

Por varios años Eufemia Ruskin había estado dormitando en casa de un genio que era al mismo tiempo impertinente, inválido y escéntrico. Al fin hallaba ahora un hombre agradable á la vista y que satisfacía su imaginación. Él no era tampoco indiferente á su belleza. Ella notaba su creciente interés conforme la iba pintando—sus ojos ardían de amor y su semblante se sonrojaba de vehemente deseo. Mientras Ruskin dormitaba y escribía, Millais y la mujer, casada ya, pero no esposa, pasaban las horas juntos en románticos lugares, acordadas las voces á ese tono acariciador que es en sí una declaración de pasiones amorosas.

Al principio hablaron de pintura y de los trabajos de Millais; pero finalmente, como todos los enamorados, sólo hablaron de ellos mismos. En un momento inesperado la emoción que ardía en ellos estalló y quedó en evidencia. La mujer que no había sabido lo que era amor, lo sentía ahora arder en sus venas y el hombre que había mirado con indiferencia á otras mujeres, se sintió agitado y atormentado por el fuego de una poderosa pasión.

Pero Millais era un caballero y un hombre de honor. No podía permanecer como huésped en casa de Ruskin y amar á su esposa. Así fué que su visita terminó repentinamente; no sin haber confesado, él ó Eufemia

Ruskin ó ambos, su secreto al melancólico esposo.

Ruskin vió esto con gran calma. En realidad nunca había amado á su esposa con el deseo de un hombre. Ella, inconcientemente, había sido una especie de estorbo en el trabajo que él prefería. Aun permanece oculto lo ocurrido en los meses siguientes. Ruskin nunca escribió sobre esto. Sus amigos tampoco han dicho una palabra. Pero allí á poco, Eufemia Ruskin entabló litigio ante las cortes y las leyes Escocesas para que declararan nulo y sin valor el matrimonio, basándose en que nunca había existido como tal. Los procedimientos legales no fueron más que una fórmula. Ruskin no contestó á las notificaciones y los jueces decretaron en media hora el divorcio.

Tan pronto como fué posible, la mujer que había sido esposa de Ruskin se casaba con Juan Millais, y con él vivió una vida de ideal felicidad hasta su muerte, en 1896. Él pintó el retrato de ella, como la esposa triunfante, en su bien conocida obra *La orden de Libertad* que figura ahora en The Tate Gallery.

Ruskin y Rosa La Touche

Continuamos la historia de Ruskin, ó mejor dicho, de los amores de Ruskin. Aquellos de los diecisiete años por la Srta. Dumecq, no habían sido más que una tontería. El atractivo que la Srta. Lockhart ejercía sobre

él fué tan bruscamente roto por la niña que no le importó mucho. Es evidente que nunca sintió más que una tibia amistad por la mujer que había sido su esposa. Pero en los últimos años, ocurrió una tragedia en sus afecciones, de la que poco han escrito, pero que fué la más poética y la que representa, sin duda, la pasión más grande de su vida.

En 1858, cuando ya tenía 50 años, un amigo le pidió que le diera algunas clases de dibujo á una niña llamada Rosa La Touche, de familia irlandesa, aunque de nombre francés. Pronto floreció entre los dos una simpática amistad, que no otra cosa podía ser entonces. Se escribían uno al otro y se cambiaron dibujos; pasaron diez años antes de que se volviesen á ver.

Entretanto, la niña que él recordara como una rubia de ojos azules, atrevida é inteligente, de labios rojos y cabellera de oro, se había convertido en una primorosa joven de diecinueve años. Ellos reanudaron su vieja amistad pero de diferente manera. A pesar de que Ruskin estaba en los cincuenta, consagró á Rosa La Touche una admiración y una pasión tal como nunca las había sentido antes. Por lo que hace á ella, no paró mientes en la fealdad de su amigo y, apesar de la diferencia de edades, sintióse singularmente atraída hacia él.

Los dos se encontraban á menudo. Vagaban juntos por los agradables campos de Surrey y por último, Ruskin le pidió que lo hiciera feliz y que fuera su esposa. Siendo

bastante desiguales, dudó, no porque él fuese mucho mayor sino porque no era lo que llamaba ella «un verdadero creyente». Algunas de las cosas que él había escrito le hicieron la impresión de ateas. Ella, bajo toda su apariencia de alegría, era recta y aferrada protestante. En su conversación ordinaria, usaba frases de la Biblia y cuando habló de matrimonio con Juan Ruskin dijo que no toleraría el ser «compañera de un incrédulo». Sin embargo, sentía despedazarse su corazón con la sola idea de despedirlo; y su intimidad continuó por varios años, rogándole él y esforzándose por hacerla comprender que el amor estaba en todas las cosas. Ella, por otra parte, le citaba los pasajes del Antiguo Testamento que ponían una barrera á todo compromiso.

Por fin, en 1872, cuando ella estaba en los veinticuatro, y él en los cincuenta y tres, le dió la última contestación: no se casaría con él hasta que creyera como ella. La honradez de Ruskin le prohibía engañarla con una pretendida conversión; y así fué que se separaron para no verse más. Tanto se impresionó ella con esto, que pronto cayó enferma. Su enfermedad fue agravándose, hasta que por fin se dió por seguro que no viviría. Entonces Ruskin le escribió pidiéndole que lo dejara verla. Ella le contestó con estas palabras débilmente escritas:

Ud. puede venir si me dice que ama á Dios más que á mi.

Cuando Ruskin leyó esto, se afligió hasta lo más profundo de su alma y exclamó:

«No, no—entonces no podré ir á verla, porque la amo mucho más que á Dios!»

Ancianidad triste de Ruskin

La luz de la vida de Ruskin se apagó con la muerte reciente de Rosa. Vivió todavía varios años, pero encerrado en lo que podemos llamar un castillo de perdurable tristeza. Dió conferencias en Oxford, compró casas-ciudades ¹ en Londres, y después de embellecerlas, las dió casi gratis á las personas que las ocupaban; fundó una comunidad y gastó miles de libras en hacer caridad hasta que acabó con su fortuna. Pero nunca fue más el Ruskin de su vida primera. A veces, cuando hablaba, parecía hacerlo en sueños. No coordinaba ya del mismo modo sus pensamientos y cuando, en ocasiones, se expresaba con el antiguo fuego y don de palabra, había siempre en el fondo una tristeza que se asemejaba á una angustia.

Su odio por el industrialismo de la vida moderna casi parecía el delirio de una mujer inspirada. Así, cuando él escribe sobre Londres, dice:

Aquella grande y fétida ciudad de Londres—ruidosa, gruñona, humeante, hedionda,—un horrible montón de enladrillado en fermento, chorreando

¹ Tenement-houses.

veneno por cada poro—un campo de cricket sin césped, una inmensa mesa de billar sin paño, y con troneras tan profundas como un abismo sin límites.

Pera tal vez ninguna frase suya revela una condición mental tan terrible como esta que escribió en uno de sus frecuentes períodos de enfermedad:

No me hallo muy bien todavía y estoy atormentado entre el deseo de descanso y de vida amable, y el sentimiento de esta terrorífica llamada del crimen humano para que se le resista y de la humana miseria para que se la auxilie. Me parece como la voz de un río de sangre, que me arrastra desvalido en medio de sus negros coágulos.

La cuestión discutible, por supuesto, en lo que concierne á Ruskin, está relacionada con la parte de su vida inmediatamente posterior á su matrimonio con la Srta. Gray. Durante aquellos cuatro años la pareja vivió en la misma casa, como estraños casi. La mujer era hermosa y atractiva en todos sentidos; el hombre poseía un concepto estraordinario de lo hermoso en la naturaleza y en el arte. Sin embargo, después de cuatro años es anulado el matrimonio casi instantáneamente. Ruskin no hace ningún esfuerzo para retener á la niña con quien se había casado, sino que la deja irse, sin la más mínima protesta, á los abiertos brazos de Millais. Aun más, continúa siendo amigo de Millais, admirando su genio artístico, y teniendo altos

recuerdos de él como hombre y como caballero.

Viendo esto, los hechos apuntados se aceptan como una prueba palmaria de que Ruskin estaba físicamente imposibilitado para el matrimonio; de que se había formado sobre la vida marital una teoría que descartaba por completo los elementos físicos; y que cuando se casó con la Srta. Gray, lo hizo en la creencia de que una compañía amable, talvez con intereses intelectuales en común, era suficiente para unir á un hombre y á una mujer en matrimonio. Se dice también que cuando comprendió su error, procedió con franqueza y aun con generosidad y se retiró una vez más á la reclusión de sus estudios.

El misterio del matrimonio de Ruskin

Debemos retroceder y recordar algunas circunstancias de la naturaleza de Ruskin y algunos hechos de su larga é interesante vida. En primer lugar, debemos recordar que estuvo muchas veces enamorado. Uno de sus biógrafos, el Sr. Federico Harrison, habla de él como un aficionado romántico á jovencitas. Hemos visto cuán intensa fué su temprana pasión por Clotilde Dumecq. Hemos visto también cómo, ya viejo, su amor por Rosa La Touche lo sacudió con tan tremendo poder, que se habría casado con ella si lo hubiera aceptado.

Ahora, un hombre que está físicamente

imposibilitado para el matrimonio, en el sentido general, no siente pasiones tan ardientes como éstas. No se puede concebir tampoco que después de su experiencia con Eufemia Gray, hubiera propuesto matrimonio á otra mujer, no habiéndose sentido poseedor de todos los atributos de un hombre normal. Cuál será, entonces, la explicación de los cuatro años tocante á los cuales se mantuvo en inquebrantable silencio y por los que pasan sus biógrafos de lejos?

Aquí viene una explicación fisiológica que muchos seglares parecen ignorar. Tiene que verse á la luz de la propia historia de Ruskin.

Su matrimonio con la Srta. Gray fué arreglado por sus padres. Él nunca había demostrado ningún interés por ella, ni ella había sentido otra cosa que amistad por él. Se casó, porque se le dijo que lo hiciera, y en una época en que estaba convaleciendo de una seria enfermedad y á los bordes de otra. Aún más, los dos eran de temperamentos diversos. Ella era una mujer de mundo, amiga de los placeres sociales, y de las distracciones del Londres á la moda; él era un hombre de libros y de hábitos tranquilos, que despreciaba las cosas de que ella más gustaba. Finalmente, él era un hombre de excesiva sensibilidad—una sensibilidad más que femenina, agravada por el hecho de haber vivido resguardado de los conflictos con el mundo.

Debemos también tener en cuenta cier-

tas diferencias que existen en los hombres. Hay un tipo común de hombre en el que predominan los rasgos físicos. Puede preferir una mujer á otra; pero en un momento dado, la proximidad elimina las diferencias de hermosura y los impulsos pasionales lo asaltan, siempre que la mujer no sea del todo desfavorecida ó repelente. Hay otro tipo de hombre en el cual lo psíquico está más desarrollado que lo puramente físico, hasta el punto de que puede sentirse atraído por una mujer que no sea solamente una compañera física sino también psíquica. Un cierto fastidio inherente á su persona lo hace alejarse de todo lugar en donde no encuentra su ideal.

De esta segunda clase era Juan Ruskin, pero un ejemplo casi anormal. Casado contra su deseo con Eufemia Gray, no encontró en ella nada que lo atrajera. Sus ideas no eran las suyas. Sus costumbres chocaban con las de él. Sus placeres no eran tampoco los suyos. Por lo tanto, creo que este matrimonio no fue tal y que la resolución de la corte Escocesa fué justa. Habiéndose acompañado de su último amor, el que escogió por sí mismo y al que ofrendó toda la ansiedad de su ardiente espíritu, podemos suponer y con razón, que Ruskin hubiera sido un amante ó un marido excepcional, y como poseía una intensa naturaleza, su vida habría sido maravillosamente armoniosa y en absoluto satisfactoria. La suerte fué ingrata para con Ruskin en este senti-

do. Se casó cuando no amaba, y cuando amó, el enfermizo escrúpulo de la mujer imposibilitó el matrimonio.

LYNDON ORR

Traducido para esta COLECCIÓN
del MUNSEY'S MAGAZINE de no-
viembre de 1909. Artículos: *Famo-
us Affinities of History.*



**«Alégrate, árido desierto! Que
el desierto se goce y florezca como
el lirio, que las tierras estériles
del Jordán se truequen en frondo-
sa selva».**

ISAIAS, Cap. XXXV, vers. I.

(Versión de los Setenta.)

La realeza más pura

Necesito haceros compartir conmigo el sentimiento de que cualesquiera que sean las ventajas que respecto á la difusión de la educación y de la literatura llevemos conquistadas hasta ahora, sólo podremos hacer buen uso de ellas cuando sepamos claramente qué nos ha de enseñar la literatura y á dónde ha de conducirnos la educación. Deseo haceros comprender que las lecturas selectas y una conducta moral bien dirigida conducen de consuno á la posesión de un poder sobre los mal dirigidos é iliteratos, que en la medida de su existencia es un poder *real* en el verdadero sentido de la palabra, y otorga indudablemente la *realeza* más pura que puede existir entre los hombres; pues muchas de las otras realezas (ora se distinguan por insignias visibles, ora por el ejercicio de un poder material) son únicamente fantasmagóricas y tiránicas: fantasmagóricas porque son vacías como la muerte, «ostentan la apariencia de una corona real» y sólo tienen el aspecto y la sombra de la soberanía; tiránicas, porque sustituyen por su propia voluntad la ley de la justicia y del amor en cuyo nombre gobiernan los verdaderos reyes.

Repito, pues—y porque deseo grabar esta idea en vuestra mente por ella empiezo y en ella he de acabar—que sólo hay una forma pura de realeza, forma inevitable y eterna, tenga ó no corona: la realeza que consiste en un estado moral más vigoroso y en un estado intelectual más verdadero que el de nuestros semejantes, cuya preeminencia nos habilita para guiar ó educar á los demás. Fijaos en la palabra *Estado*; hemos llegado á usarla en un sentido muy libre. Significa literalmente la posición en pie y estable de una cosa, y encontramos

este sentido en toda su fuerza en la palabra derivada *estatua*, esto es, *la cosa inamovible*. El *estado* ó majestad del rey y el derecho de su reino á ser llamado *Estado* dependen de su inmovilidad respectiva; nada de sacudidas, ninguna oscilación que haga perder el equilibrio: uno y otro fueron establecidos y entronizados sobre los cimientos de una ley eterna que nada puede alterar ni destruir.

Persuadido de que la literatura y la educación sólo son útiles en cuanto tienden á robustecer este poder tranquilo, benéfico, y, *por lo tanto*, real que ejercemos en primer término sobre nosotros mismos y á través de nosotros sobre todo lo que nos rodea, os ruego ahora que vengáis conmigo á considerar qué porción especial ó qué género de real autoridad puede ser justamente poseída por mujeres como producto de noble educación, y hasta dónde pueden ser llamadas á ejercer un verdadero poder de reinas, no sólo en sus casas, sino en todo lo que se encuentre dentro de su esfera de acción. Y asimismo consideremos en qué sentido, si entendiesen y ejercitasen acertadamente esta influencia graciosa y real, el orden y belleza producidos por tan benigno poder, justificarían nuestro pensamiento de conocer con el nombre de *Jardines de las Reinas* los territorios en que las damas ejercen su soberanía.

Oficio y rango de la mujer

No podemos determinar lo que ha de ser el poder real de las mujeres, sin que hayamos antes establecido cuál haya de ser su poder ordinario. No podemos considerar qué educación les convendría para ensanchar la esfera de sus deberes, sin que hayamos antes convenido en cuál sea su perpetuo y verdadero deber. Nunca como ahora se pronunciaron tan locas palabras, ni se divagó con tan vana fantasía acerca de esta cuestión de vital importancia para la felicidad social. Las relaciones

de las naturalezas masculina y femenina, su diferente capacidad de intelecto y de virtud, parece que nunca fueron apreciadas de una manera unánime y acorde.

Se habla de la *misión* y de los *derechos* de la mujer, como si alguna vez fuese posible separarlos de la misión y de los derechos del hombre; como si ella y su señor fuesen criaturas de especies independientes y de prerrogativas irreconciliables. Esto, por lo menos, es erróneo. Y no menos errónea —quizás más neciamente errónea aún— es la idea de que la mujer sólo sea la sombra y el reflejo de su señor, á quien debe ciega y servil obediencia, y en quien su debilidad encuentra apoyo, por la superioridad de la fuerza.

En esto consiste, digo, el más necio de todos los errores referentes á la que fué creada para ser la compañera del hombre. Como si éste pudiera ser acompañado efectivamente por una sombra, y dignamente por una esclava.

Veamos ahora si se puede llegar á una idea clara y armoniosa (y será armoniosa si es verdadera) acerca de la función y el poder de la virtud é inteligencia femeninas con respecto al hombre; y estudiemos cómo esas relaciones, rectamente interpretadas, fortifican y aumentan el vigor, el honor y la autoridad de ambos.

Es una locura, y locura inexcusable, hablar de la *superioridad* de un sexo respecto del otro, como si pudiesen compararse en cosas similares. De lo que tiene el uno, el otro carece: cada uno completa al otro y es completado por él: en nada son iguales y la felicidad y perfección de ambos estriba en que se pidan y reciban mutuamente sólo aquello que se pueden dar.

Veamos ahora brevemente sus caracteres diferenciales. El poder del hombre es activo, progresivo y defensivo. Es el hacedor y creador por excelencia, el que descubre y defiende. Su inteligencia es especulativa é inventiva; su energía está

dispuesta para las aventuras y la guerra, así como para la conquista donde quiera que sea justa y necesaria. El poder de la mujer en cambio se hizo para el gobierno y no para el combate, y su inteligencia no es inventiva ni creadora, sino dispuesta para la dirección, el ordenamiento y la decisión suaves. Atiende á las cualidades de las cosas, sus pretensiones y su rango. Su gran función estriba en el Elogio; no interviene en la contienda, pero adjudica infaliblemente la corona del combate. Por su oficio y su rango está al abrigo de todo peligro y tentación. El hombre, con su rudo trabajo en el seno de las multitudes, ha de arrostrar pruebas y peligros; para él son los fracasos, las injurias y los errores inevitables; muchas veces será herido ó sojuzgado, otras estraviado, y siempre endurecido. Pero guarda á la mujer de todas estas cosas, y dentro de su casa, como regida por ella, no entrarán, si ella misma no los busca, peligro ni tentación, ni causa de error ó de injuria. Esta es la verdadera naturaleza del hogar, retiro de paz, sitio de refugio, no sólo de toda injuria, sino asimismo de todo terror, duda y división. No siendo así, no es hogar; si las ansias de la vida exterior penetran en su recinto, si los casquivanos ó desconocidos, si las gentes hostiles ó no amadas traspasan sus umbrales con anuencia del esposo ó de la esposa, ya no es hogar, sino porción del mundo exterior puesta bajo techo, donde habéis encendido lumbre. Pero si es un lugar sagrado, templo de Vesta¹, que custodian los dioses lares², ante quienes nadie llegará que no pueda ser acogido con amor—si es esto, y ese techo y esa lumbre son sólo emblemas de una sombra y de una claridad más nobles, sombra de la roca en tierra árida, y claridad del faro en mar tempestuoso—entonces merece el título de Hogar y justifica su renombre.

Y este hogar envuelve á la verdadera esposa

¹ En la Italia antigua especialmente, fué adorada como la diosa del fuego—un emblema de la llama de la vida—diosa del hogar doméstico y angel guardián de la humanidad.

² Los dioses domésticos, entre los Romanos.

dondequiera que vaya. Aunque las estrellas brillen al descubierto sobre su cabeza, y el gusano de luz sea la sola lumbre encendida á sus pies en la hierba de la noche fría, su hogar está con ella en todas partes, y se extiende á gran distancia en torno de la mujer noble, más aún que bajo el techo de cedro, pintado de bermellón, irradiando á lo lejos su luz para los que sin ella no tendrían hogar.

Tal es, según yo imagino, y vosotros admitís sin duda, el verdadero poder y rango de la mujer. Y no véis que para llenarlo ha de ser incapaz de error, en cuanto cabe usar estos términos hablando de una criatura humana? Donde ella reina todo ha de ser justo, so pena de no ser nada. Ha de ser perseverante, incorruptiblemente buena; instintiva é infaliblemente juiciosa y sabia, no para el propio desarrollo sino para el autorenunciamento: juiciosa para no faltar nunca al lado del marido, no para hacerse superior á él: sabia, no con la estrechez de un orgullo insolente y seco, sino con la dulzura apasionada de una modesta solicitud, variable al infinito por sus infinitas aplicaciones. Esta es la verdadera variabilidad de la mujer. El sentido profundo de «la donna è mobile»¹ no es «Qual pium'al vento», ni tampoco «Variable como la sombra liviana y vacilante del álamo», sino variable como la luz que se quiebra en múltiples rayos delicados y serenos, y toma el color de las cosas que ilumina y realza.

¹ Dice la canción popular española:

*son las mujeres
plumas al viento
etc.*

El testimonio de los más sabios

El primer servicio de la educación consiste en habilitarnos para consultar á los hombres más grandes y más sabios sobre todos los puntos que presentan dificultades arduas. Porque usar de los libros rectamente, equivale á pedirles ayuda, á recurrir á ellos cuando flaquean nuestros conocimientos y nuestra facultad de pensar, á ser por ellos elevados á horizontes más amplios y á concepciones más puras que las nuestras, y á recibir de sus manos las sentencias reunidas de los jueces y concilios de todo tiempo, á fin de que sirvan de contrapeso á nuestra opinión inestable y solitaria.

Hagámoslo ahora. Veamos si los más grandes, más sabios y más puros corazones de todas las edades coincidieron en cierto modo en este punto: oigamos su testimonio sobre lo que entendían por la verdadera dignidad de la mujer y respecto á su modo de ayudar al hombre.

Y en primer lugar acudamos á Shakespeare.

Notemos, ante todo, que Shakespeare no tiene ningún héroe; sólo presenta heroínas. En todas sus obras no hay una figura de hombre enteramente heroica, excepto el ligero apunte de Enrique V, exagerado por las necesidades de la escena, y el más ligero todavía de Valentín en *Los dos hidalgos de Verona*. En sus obras más trabajadas y perfectas no encontraréis un solo héroe. Otelo lo hubiera sido si su simplicidad no llegase al extremo de hacerle juguete de todas las bajas maquinaciones que le rodean, y este es el único ejemplo que se aproxima al tipo heroico. La energía de carácter de Coriolano, César y Antonio se estrella, y aunque de momento se sostienen, sus vanidades

les abaten; Hamlet es indolente y se adormece razonando; Romeo es un mozo impaciente; el Mercader de Venecia se somete lánguidamente á la adversa fortuna; Kent, en *El Rey Lear*, tiene un corazón noble, pero es demasiado rudo y grosero para ser verdaderamente útil en los momentos críticos, y desciende al nivel de un simple criado. Orlando, no menos noble, es asimismo por su desesperación, juguete del azar, acompañado, alentado y redimido por Rosalinda. En cambio, difícilmente hay una obra suya en que no aparezca la mujer perfecta, firme en una grave esperanza y en un designio sin error: Cordelia, Desdémona, Isabel, Hermiona, Imógena, la reina Catalina, Perdita, Silvia, Viola, Rosalinda, Elena, y, finalmente, Virgilia, quizás la más grata, son todas sin tacha y fueron concebidas según el más alto tipo heroico de la humanidad¹.

Se observa, en segundo lugar, que la catástrofe de cada obra es ocasionada siempre por la falta ó la debilidad de un hombre; la redención, cuando la hay, se debe á la sabiduría y virtud de una mujer; y no siendo así no hay redención ninguna. La catástrofe de *El Rey Lear* es debida á su propia falta de juicio, á su impaciente vanidad, á sus desavenencias con sus hijos; la virtud de su única hija leal le habría salvado de todas las injurias de las otras, si no la hubiese desterrado de su presencia; y aun así las cosas, por poco le salva.

No necesito recordar la historia de Otelo, ni la única debilidad de su potente amor, ni la inferioridad de su percepción intelectual, comparada con la del segundo carácter femenino de la obra, con el de Emilia, que arroja al morir este furioso apóstrofe contra su error:

¹ Se comprende y se ama la belleza de estos tipos ideales femeninos, buscando su compañía en estas obras de Shakespeare: á Cordelia en el *Rey Lear*; á Desdémona en *Otelo*; á Isabel en *Medida por medida*; á Imógena en *Cimbelina*; á la reina Catalina en *El Rey Enrique VIII*; á Perdita y á Hermiona en *Cuento de Invierno*; á Silvia y á Julia en *Los dos veroneses*; á Viola en *Lo que querráis*; á Rosalinda en *Como gustéis*; á Elena en *Troilio y Cressida*; á Virgilia en *Coriolano*; á Hero y Beatriz en *Mucho ruido para nada*.

Oh, sanguinario canalla! Qué otra cosa había de hacer un idiota semejante con una mujer tan buena?

En *Romeo y Julieta* la estratagema hábil y atrevida de la mujer tiene un desenlace desastroso por la desordenada impaciencia de su amante. En *El cuento de invierno* y en *Cimbelina* la felicidad y existencia de dos casas reales, declina por largos años y corre peligro de perecer por la obstinación y debilidad de los maridos, hasta que al fin se salvan por la paciencia y sabiduría reales de las esposas. En *Medida por medida*, la malvada injusticia del juez y la malvada cobardía del hermano se oponen á la victoriosa fidelidad y á la diamantina pureza de la mujer. En *Coriolano*, el consejo de la madre, seguido á tiempo, le hubiera salvado de toda desventura; el olvidarlo momentáneamente es su ruina y, en último recurso, su ruego atendido, ya que no ciertamente de la muerte, le salva de la maldición de convertirse en destructor de su patria.

Y qué diré de la fidelidad de Julia ante la ligereza de su amante, que es un niño perverso, y de la constancia de Elena ante la insultante petulancia de un desenfadado joven? Qué decir de la paciencia de Hero, de la pasión de Beatriz y de la tranquila y devota sabiduría de esa niña desconocedora del mundo que aparece entre la impiedad y la ceguera y las vengativas pasiones de los hombres como un ángel suave, cuya presencia da valor y seguridad, así como destruye las peores astucias del crimen con la cualidad de que se cree más desprovista la mujer: la precisión y la agudeza de pensamiento?

Se observa además, que entre las figuras principales de las obras de Shakespeare, sólo hay una mujer débil, Ofelia; y la amarga catástrofe sucede porque ella no puede ir en socorro de Hamlet en el momento crítico, dado que no es, ni por su naturaleza puede serlo, el guía que el príncipe en aquellos instantes necesitaba. Finalmente, aunque entre las figuras principales hay tres mujeres malvadas, lady Macbeth, Regana y Goneril, al punto se ve que son horribles escepciones de las leyes ordinarias de la

vida, escepciones fatales asimismo en proporción al poder de hacer bien que abandonaron.

Tal es, á grandes rasgos, el testimonio de Shakespeare acerca de la posición y carácter de la mujer en la vida humana. Representa á las mujeres como consejeros infaliblemente doctos y fieles y como ejemplos de justicia y pureza incorruptibles, siempre bastante fuertes para santificar, aun en los casos en que no lo son para redimir.

Aunque no le sea comparable en modo alguno en conocimiento de la naturaleza humana, y todavía menos en su penetración de las causas y curso del destino, sino por ser el escritor que nos ha dado más amplios puntos de vista acerca de las condiciones y maneras de pensar ordinarias en las sociedades modernas, os pido que os preparéis á recibir la opinión de Walter Scott.

Dejo á un lado como de ningún valor sus escritos en prosa puramente románticos, y aunque sus primeras poesías románticas son de una real belleza, su testimonio no tiene más importancia que el ideal de un niño. Però sus obras capitales, sacadas de la vida escocesa, contienen una opinión veraz; y entre todos los personajes de aquéllas, sólo hay tres hombres que llegan á realizar el tipo heroico¹: Dandie Dinmont, Rob Roy y Claverhouse; uno de ellos es un granjero de la frontera, el otro es un saqueador y el tercero es soldado de una mala causa. Y éstos sólo llegan al heroísmo por su fe y su valor reunidos á una fuerza intelectual inculta ó mal empleada: en tanto que sus varones

¹ A fin de hacer enteramente comprensible este aserto, debí haber notado las diferentes debilidades que rebajan el ideal de otros grandes caracteres de hombre en las novelas de Waverley, el egoísmo y estrechez de pensamiento en Redgauntlet, el enfermizo entusiasmo religioso en Eduardo Glendinning, y así los otros; y debí haber observado que hay varios caracteres perfectos esbozados á veces en segundo término: tres de ellos—aceptamos gozosamente esta cortesía para con Inglaterra y sus soldados—son oficiales ingleses: el coronel Gardiner, el coronel Talbot y el coronel Mannering

más jóvenes son juguetes caballerescos de una fantástica fortuna, gracias á la cual, ó por accidente, sobreviven sin vencerlas á las pruebas que involuntariamente sostienen. En sus concepciones de hombres jóvenes no hay rastro de un carácter consistente y disciplinado, ardiente en la prosecución de un designio sabiamente concebido ó que proceda ante las desgracias hostiles con decisión para arrostrarlas y resolución para vencerlas. Sin embargo, en sus creaciones femeninas, en los caracteres de Ellen Douglas, de Flora Mac Ivor, Rosa Bradwardine, Catalina Seyton, Diana Vernon, Lillias Redgauntlet, Alicia Bridgenorth, Alicia Lee y Jeanie Deans¹, encontramos con infinitas variedades de gracias, ternuras y vigor intelectual, un sentido infalible de dignidad y justicia, un instinto intrépido, pronto é incansable de autosacrificio ante la simple apariencia del deber, acrecentado cuando es el deber mismo el que las invita á la acción; y, finalmente, la paciente sabiduría de los afectos hondamente comprimidos que, no limitándose á proteger de un momentáneo error á los seres queridos, hace infinitamente más, y de un modo gradual forma, anima y exalta los caracteres de los indignos amantes, hasta el punto de que al finalizar la novela apenas si nos sentimos con paciencia para oír el relato de sus inmerecidos triunfos.

Así en ambos casos, en Scott como en Shakespeare, la mujer protege, enseña y guía al joven; no hay azar que lleve nunca á éste á ser el protector ó educador de su dama.

Veamos luego, aunque brevemente, testimonios más graves: los de los grandes italianos y griegos. Bien conocido es el plan del gran poema² del Dante, poema de amor dedicado á su dama muerta, canto de alabanza de la que veló por su alma. Inclínándose sólo á la piedad, nunca al amor, le

¹ Algunas de estas nobles damas se hallan en las siguientes obras de W. Scott: *Waverley*, *Rob Roy*, *The Lady of the Lake*, *Redgauntlet*, *Peperil of the Peak*, *The Heart of Midlotian*, *The Fair maid of Perth*.

² La Divina Comedia.

salva, no obstante, de la destrucción, le salva del infierno. El poeta camina á la eternidad lleno de desesperanza y ella descende del cielo en su ayuda y durante la ascensión al Paraíso es su maestra, interpretándole las más difíciles verdades, divinas y humanas, y conduciéndole, entre reprensión y reprensión, de estrella en estrella.

No insisto más en la concepción del Dante, porque si empezara no acabaría nunca, además de que podríais tomar estas ideas como creaciones imaginarias de un corazón de poeta. Así, prefiero leer algunos versos plácidamente escritos por un caballero de Pisa á su dama viva, característicos en extremo de la sensibilidad de los hidalgos del siglo XIII y principios del XIV, conservados entre otros muchos recuerdos del amor y honor caballerescos y escogidos para nosotros por Dante Rossetti¹ entre entre los primitivos poetas italianos.

«Pues mira. Tu ley dispuso que este amor mío fuese para servírte y honrarte, y así lo hago: y mi deleite es completo porque fui admitido como servidor de tu mandato.

«Apenas entrado á tu servicio he quedado estático del todo desde que así mi voluntad fué encaminada á servir tu excelcitud, oh flor de alegría! Y me parece que en ningún tiempo podrá cosa alguna despertar en mí una pena ó una añoranza. En tí se fijan todos mis pensamientos y sensaciones, porque de tí emanan como de una fuente pura todas las virtudes; *que en tus dones reside la más provechosa sabiduría y el honor sin desaliento*, y todo soberano vive separadamente en tí colmando la perfección de tu reino.

«Señora, desde que llevo en mi corazón tu deleitosa imagen, *mi vida ha entrado en una luz resplandeciente y en el dominio de la verdad*: hasta entonces fué su delicia vagar entre espectros por un lugar sombrío, durante largas horas y días, guardando apenas un recuerdo vago del bien. Pero ahora soy tu siervo y estoy coluado de alegría y reposo. Desde que por tu amor yo vivo, de bestia salvaje me convertiste en hombre».

Acaso imagináis que un guerrero griego hubiera tenido de la mujer una idea más baja que la de este amante cristiano. Su sumisión espiritual no habría

¹ Poeta y artista inglés del siglo XIX.

sido indudablemente tan absoluta; pero en lo que toca al carácter personal de las mujeres griegas, os diré que no las he escogido en lugar de las de Shakespeare porque no habríais podido seguir tan fácilmente mi discurso. Como ejemplos y tipos ideales de fe y belleza humanas, os hubiera presentado el corazón sencillo de madre y esposa de Andrómaca; la divina, y, á pesar de ello, desestimada sabiduría de Casandra, la retozona bondad y sencillez de vida de la feliz princesa Nausicaa; la calma de mujer casera de Penélope que vela con los ojos puestos en el mar; la sin cesar paciente, intrépida y desesperanzada piedad devota de la hermana y de la hija en Antígona; la encorvada cerviz de Ifigenia, mansa y silenciosa, y finalmente, la espera de la resurrección, evidenciada en el alma de los griegos, por la vuelta de la tumba de esta Alceste que, para salvar á su esposo, arrojó con calma las amarguras de la muerte¹.

Podría ahora multiplicar los testimonios de esta clase si tuviera tiempo para ello. Tomaría á Chaucer² y os mostraría por qué escribió una *Leyenda de mujeres buenas* y no una *Leyenda de hombres buenos*. Tomaría á Spenser³ y os mostraría cómo sus caballeros fantásticos, ora se engañan, ora son vencidos, sin que el alma de Una se oscurezca jamás, ni la espada de Britomart se rompa nunca. También podría remontarme á la enseñanza mitológica de los más remotos tiempos, y mostraros cómo el gran pueblo—una de cuyas princesas estaba escrito que educaría al legislador de toda la tierra con preferencia á las mujeres de su propia raza— cómo aquel gran pueblo egipcio, la más sabia de todas las naciones, dió forma de mujer á su Espíritu de la Sabiduría y puso en sus manos,

¹ La niña que desee conocer á estas magníficas damas, las hallará en estas obras: *La Iliada* y *La Odisea*, de Homero; *Encida*, de Virgilio; *Antígona*, de Sofocles; *Ifigenia en Aulide* y *en Tauride*, de Eurípides; *Alceste*, de Eurípides.

² El primero de los grandes poetas ingleses. Vivió en el siglo xiv.

³ Edmundo Spenser, poeta inglés del siglo xvi.

á modo de símbolo, la lanzadera del tejedor¹; y cómo el nombre y la forma de este espíritu adoptado, divinizado y obedecido por los griegos, vino á ser la Atenea² del ramo de olivo³ y del escudo de nubes, á la cual, por la fe que en ella pusieron, debemos lo que hay de más precioso en arte, en literatura ó en tipos de virtudes nacionales.

Pero no quiero divagar dentro de este elemento lejano y mitológico; pretendo únicamente que concedáis su legítimo valor al testimonio de estos grandes hombres y de estos grandes poetas del mundo, unánimes, como veis, en este punto. Quiero preguntaros si es de suponer que esos hombres, en las obras maestras de su vida, se contentarían con un concepto fingido y vano de las relaciones entre el hombre y la mujer; fingido y vano y aún peor, porque una cosa puede ser imaginaria y hacerse deseable mientras sea posible, en tanto que el ideal de mujer, según nuestras ideas comunes acerca de las relaciones matrimoniales, no es nada deseable. La mujer, decimos, no sirve para guiar, ni puede pensar siquiera por sí misma. El hombre ha de ser siempre el más sabio, el pensador y el gobernante, así como el superior en ciencia, discreción y poder.

¹ Símbolo del trabajo femenino: la costura.

² *Atenea, Minerva ó Palas*, ahuyentadora de la estupidez, de la torpeza, de la haraganería.

³ Símbolo de la paz y de la prosperidad.

La sumisión caballeresca

En los tiempos del cristianismo, notables por la pureza de sus progresos, ha habido abandono absoluto y obediente devoción del amante á la mujer querida. Obediente, digo, no meramente entusiasta y adorador intelectual, sino amante rendido que recibe de la mujer adorada, aunque sea más joven, no sólo el estímulo, el elogio y la recompensa de su labor, sino la dirección de todo trabajo, cuando se ha de hacer una selección ó se ha de tomar una decisión difícil. Este espíritu caballeresco, á cuya corrupción y rebajamiento cabe atribuir en primer término cuanto hay de cruel en la guerra, de injusto en la paz ó de bajo é innoble en las relaciones domésticas, y á cuya originaria pureza y poder debemos asimismo el amparo de la fe, de la ley y del amor, este espíritu caballeresco, digo, establece como primer fundamento de una vida noble, la sujeción del joven caballero á las órdenes, no menos atendibles, por ser caprichosas, de su dama. Y lo establece porque los maestros que lo fundaron sabían que el primero y necesario impulso de todo recto y caballeresco corazón es el servicio de su dama; que donde esta verdadera fe y este cautiverio no existen, toda caprichosa y perversa pasión tiene su asiento; y que esta maravillosa obediencia al único amor de su juventud santifica la fuerza del hombre y le hace ^{conservar} preservar en sus designios. No quiere esto decir que tal obediencia fuera previsora ú honorable si fuese rendida siempre á quien no fuese digna de ella, sino que debería ser imposible á cualquier noble joven—y lo es ciertamente para los rectos corazones—amar á una mujer en cuyos suaves consejos no pudiese confiar, y cuyas joviales órdenes le dejasen indeciso para obedecerlas.

.

No cabe imaginar como simple capricho de una moda romántica que la dama abrochase con sus manos la armadura del caballero. Símbolo de una verdad eterna es que la armadura del alma sólo queda bien ajustada al corazón cuando ha sido abrochada por mano de una dama; y sólo cuando la dejó floja al abrocharla el honor del hombre le abandona. No conocéis aquellas hermosas líneas? Yo quisiera que fuesen aprendidas por todas las jóvenes de Inglaterra:

«Ah, pródiga mujer!—Ella que podría señalar el precio de su dulce persona sabiendo que él ha de pagar forzosamente—Cuán fácilmente abrió las puertas del Paraíso! Cómo cedió por nada su don inapreciable! Cómo prodigó el pan y derramó el vino que consumidos con apropiada economía hubieran humanizado á los brutos y divinizado á los hombres!»¹

Creo que aceptaréis todo esto como concerniente á las relaciones entre los amantes. Pero dudamos muy á menudo de la perseverancia de tales relaciones durante el resto de la vida humana. Las encontramos ciertas entre el amante y la amada, pero no entre el marido y la esposa. Esto equivale á decir que, á nuestro entender, se debe un tierno y reverente homenaje á la mujer de cuyo afecto dudamos y cuyo carácter sólo parcial y vagamente conocemos; pero que esta reverencia y homenaje han de cesar cuando el afecto de la mujer sea nuestro por entero y sin límites, y cuando su carácter nos sea tan conocido que no temamos confiarle la felicidad de nuestra vida. No veis cuán innoble y falto de razón es este modo de pensar? No sentís que el matrimonio, cuando en efecto es matrimonio, sólo es el sello puesto al voto que transforma el culto temporal en culto eterno y el capricho amoroso en eterno amor?

¹ *Coventry Patmore*. Nunca lo leeréis bastante ni con demasiada atención: que yo sepa es el único poeta viviente que siempre fortalece y purifica; los otros nos ponen sombríos unas veces y casi siempre deprimen y desalientan la imaginación del que los lee.

La educación de la mujer

El primero de nuestros deberes para con ella, —ninguna persona sensata podría ponerlo en duda— es asegurarle una educación y ejercicios físicos que fortifiquen su salud y perfeccionen su belleza, dado que el más alto refinamiento de la belleza es inasequible sin el esplendor de la actividad y de la fuerza delicada. Perfeccionar su belleza, digo, y acrecentar su poder; nunca será grande en exceso, ni proyectará demasiado lejos su luz sagrada: pero recordad que la libertad del cuerpo no puede producir belleza sin acompañarse de la libertad del corazón. Hay dos pasajes de un poeta ¹, que á mi entender se distingue de los otros, no por su potencia sino por su exquisita y justa intuición, que os indicarán la fuente, y en pocas palabras os describirán el sumum de la belleza femenina. Leeré las estrofas anteriores, pero la última es la que deseo haceros notar especialmente:

«Durante tres años creció al sol y á la lluvia: entonces dijo la Naturaleza:—Jamás fué sembrada flor más agradable sobre la tierra: tomaré esta niña para mí; será mía y crearé una mujer de mi propiedad.

«Yo seré á la vez para mi amada el impulso y la ley; y conmigo la doncella sentirá en el monte y en el llano, en la tierra y en el cielo, en la cañada abierta y en el retiro umbroso, un poder vigilante que la avive y modere.

«Las nubes flotantes le prestarán su pompa, y el sauce se inclinará para ella; ni en los movimientos de la tempestad, dejará de ver nunca la gracia que amoldará las formas de la doncella con silenciosa simpatía.

«Y vitales sentimientos de alegría elevarán sus formas á imponente altura é hincharán su pecho virginal. Tales pensamientos enseñaré á Lucía, mientras ella y yo vivamos juntos en este valle bienaventurado». ²

¹ El poeta inglés Wordsworth, en su poema *Lucy*.

² Nótese que es la Naturaleza quien habla, y dice «mientras ella y yo vivamos juntos».

Notad estas palabras: «*Vitales* sentimientos de alegría». Hay sentimientos de alegría que acarrean la muerte; pero éstos de que habla el poeta son naturales, y necesarios á la vida verdadera.

Y serán sentimientos de alegría si han de ser vitales. No esperéis hacer hermosa á la doncella, si no procuráis su felicidad. El freno impuesto á una muchacha buena, la oposición que se haga á sus instintos de esfuerzo y de amor, quedarán escritos en sus facciones con caracteres indelebles cuya dureza es más dolorosa porque arrebatada el brillo de los ojos inocentes, y el encanto de la frente unida de virtud.

Esto en cuanto á los medios: ahora notad el fin. En el mismo poeta encontraréis en dos versos una perfecta descripción de la belleza femenina:

Un continente en que se reunen
dulces recuerdos y no menos dulces promesas.

El encanto perfecto de un aire de mujer solamente puede consistir en la majestuosa paz que se funda en la memoria de los años útiles y felices, rebotante de dulces recuerdos, unida á la puerilidad, más majestuosa todavía, llena de mudanzas y promesas: sincera y modesta á la vez y resplandeciente de la esperanza de recibir y otorgar los dones más preciosos. Mientras estas promesas no han muerto, no viene la vejez.

Así es que primeramente habéis de modelar su estructura física, y luego, cuando las energías que adquiriera lo permitan, nutrir y templar su inteligencia con los conocimientos é ideas que fortifiquen su natural instinto de justicia y refinen su natural sentimiento de amor.

Se le darán los conocimientos que la habiliten para entender la obra del hombre y aun para ayudarle en ella; pero no se le dará el conocimiento por sí mismo, pues su objeto no es ni puede ser el conocer, sino el juzgar y el sentir. No tiene importancia, ni puede ser motivo de orgullo ó perfección en la mujer, que posea una ó varias lenguas;

pero sí la tiene capitalísima que sepa mostrar benevolencia al extranjero y entender la dulzura de su lengua. No es de ningún interés para su propio mérito y dignidad la adquisición de tal ó cual ciencia; pero sí lo tiene en el más alto grado que prospere su hábito de esacto pensamiento, que comprenda el sentido, la fatalidad y belleza de las leyes naturales, y que siga por lo menos uno de los varios senderos de investigación científica hasta asomarse á ese amargo Valle de Humillación, adonde es dado descender sólo á los más sabios y valerosos que vienen á reconocer su eterna cualidad de niños embebidos en la tarea de recoger guijarros en una playa sin límites. No tienen el más nimio valor las situaciones de ciudades, ni las fechas de acontecimientos, ni los nombres de personajes célebres que conozca, pues no ha de ser el objeto de la educación convertir á la mujer en un diccionario; pero es profundamente necesario que se le enseñe á penetrar con su entera personalidad en la historia que lee, á representarse al vivo sus pasajes en su brillante imaginación, á percibir con su instinto delicado las circunstancias patéticas y las relaciones dramáticas que el historiador eclipsa muy á menudo con sus razonamientos y disgrega con su distribución de materias; en una palabra, á seguir el ejemplo de velada equidad de las recompensas divinas y á descubrir, á través de la oscuridad, el fatal hilo de fuego que enlaza el error y la retribución. Pero sobre todo se le enseñará á estender los límites de su simpatía á la historia que se decide para siempre mientras ella respira apaciblemente, y á la calamidad contemporánea que si fuese justamente llorada por ella no volvería más á la imaginación en los tiempos venideros. Ella misma se ha de ejercitar imaginando qué efecto produciría en su alma y en su conducta la presencia perenne del sufrimiento, que no es menos real porque se oculte á sus ojos. Se le enseñará á comprender la nada de este mísero mundo en el cual vive y ama, comparado con el mundo en que ama y vive Dios; y se le enseñará solemnemente á esforzarse porque sus sentimientos piadosos no se debiliten á medida que se

estiede el número de los favorecidos, y porque su plegaria tan ferviente al pedir el alivio de las penas de su esposo y de su hijo no languidezca al interceder por la multitud de los que no tienen quien les ame, *de los desamparados y oprimidos*.

Creo haber obtenido hasta aquí vuestro asentimiento; quizás no convengáis conmigo en lo que entiendo es necesario decir ahora. Hay una ciencia peligrosa para las mujeres, una ciencia que han de guardarse de tocar profanamente: la Teología. Es estraño y miserablemente estraño, que mientras son bastante modestas para dudar de sus facultades y detenerse en el umbral de las ciencias en que todo paso es seguro y demostrable, se lancen temerariamente, sin ningún recelo de su incompetencia, á estos estudios en que temblaron los más grandes hombres y erraron los más sabios. Es estraño que reunan con complacencia y orgullo todo lo que cabe en ellas de vicioso y de necio, y todo lo que tienen de arrogancia, petulancia ó ciega incomprensión en un amargo paquete de mirra consagrada. Es estraño en criaturas nacidas para el Amor visible que, donde menos pueden conocer, quieran primero condenar y piensen luego recomendarse á su Maestro, arrastrándose sobre las gradas de su trono de Juez, para compartirlo con él. Lo más estraño es que puedan pensar que fueron guiadas por el Espíritu del Consolador á adquirir hábitos de pensamiento que han venido á ser para ellas simples elementos de perturbación de su hogar, y que se atrevan á convertir los dioses hospitalarios del Cristianismo en feos ídolos de su invención, muñecos espirituales que visten á su capricho, de los cuales han de apartarse sus maridos con afflictivo desdén, por el temor de ser tratados á gritos si los rompiesen.

Salvo esta escepción, creo que la educación de las muchachas debería ser en cuanto al curso y á las materias de sus estudios, aproximadamente la misma que la de los jóvenes, pero dirigida completamente de otro modo. En todas las clases de la

sociedad la mujer tendría que saber lo que es probable sepa su marido, aunque de distinta manera. Los conocimientos del hombre serán fundamentales y progresivos; los de la mujer, generales y acomodados á los usos diarios y prácticos de la vida. No quiere esto decir que muchas veces no fuese útil al hombre aprender las cosas, conforme á este método femenino, para el uso inmediato, y educar y disciplinar en tales estudios sus facultades mentales, á fin de hacerse apto para el servicio social en lo venidero; pero hablando en general, el hombre ha de conocer profundamente el lenguaje ó la ciencia que estudia, mientras que la mujer sólo ha de aprender de esta ciencia ó de este lenguaje lo suficiente para simpatizar con las satisfacciones espirituales de su esposo y con las de sus mejores amigos.

Observad, sin embargo, que ha de saber lo que sepa con exquisita exactitud. Hay una inmensa diferencia entre los conocimientos elementales y los conocimientos superficiales, entre un sólido comienzo y una enferma tentativa de abarcarlo todo. Una mujer puede siempre ayudar al hombre con lo que sabe, por escaso que sea; con lo que sabe á medias ó sabe mal, sólo le fastidiará.

Y ciertamente si tuviese que haber una diferencia entre la educación de la niña y del niño, aconsejaría que, por madurar más pronto su inteligencia, fuese iniciada antes la niña en los conocimientos más serios y profundos, y que sus estudios de literatura fuesen menos frívolos en vez de serlo más, á fin de moderar con las cualidades de paciencia y seriedad, su natural acrimonia de pensamiento y viveza de juicio, así como para mantenerla en un estado de opinión elevado y puro.

Entró aquí en el problema de la elección de libros; aseguráos solamente de que sus libros, cuando abre el paquete de la biblioteca circulante, no caen sobre su regazo húmedos todavía de la reciente y liviana espuma de la fuente de la locura.

O bien de la fuente del espíritu; porque respecto á la perniciosa tentación de leer novelas, no es tan de temer la maldad que contienen como el interés excesivo que provocan. La novela más floja aturde menos que las más pobres formas de la literatura religiosa; y la peor novela es menos corruptora que la falsa historia, la falsa filosofía y los falsos ensayos políticos. Pero la novela mejor es peligrosa sí, con la excitación que produce, hace poco interesante el curso ordinario de la vida y aviva nuestra enfermiza sed de aventuras, familiarizándonos vanamente con escenas que nunca seremos llamados á representar.

Sólo hablo de las buenas novelas, en las que es rica en tipos diversos nuestra literatura. Bien leídos, son ciertamente tales libros de gran provecho, pues deben considerarse como tratados de anatomía y química morales, estudios de la naturaleza humana en sus elementos. Doy, sin embargo, poca importancia á esta función; difícilmente son leídos nunca con bastante gravedad para que puedan cumplirla. Lo más que pueden hacer generalmente es aumentar algo la caridad del lector bondadoso y la dureza del lector maligno, porque todos encontrarán en la novela pasto para sus propias inclinaciones. Los que son naturalmente orgullosos y envidiosos aprenderán en Thackeray¹ á despreciar la humanidad; los que son naturalmente benévolo, á compadecerla; los que son naturalmente superficiales, á burlarse de ella. Así también pueden ser nos las novelas de un precioso servicio, encarnando ante nosotros vivamente una verdad humana que habíamos concebido ya confusamente; pero la tentación de lo pintoresco en la exposición es tan grande, que muchas veces los mejores autores de novelas no pueden resistirla, y nuestras visiones nos las devuelve el escritor tan violentas y unilaterales que la vitalidad de su descripción es más perniciosa que buena.

¹ Novelista y humorista inglés del siglo pasado.

Sin tratar de determinar en modo alguno hasta qué punto debería permitirse la lectura de novelas, séame permitido al menos, afirmar que en la lectura de novelas, poesías ó historias han de preferirse, no las que están exentas de maldad, sino las que tienen algo bueno. La accidental y dispersa maldad que puede vagar ó esconderse en tal ó cual página de un potente libro, nunca hará daño á una doncella noble; pero la vaciedad de un autor la oprime y su amable ligereza la degrada. Y si puede tener á mano una biblioteca de libros clásicos y antiguos, no hace falta ninguna la elección. Alejad de vuestras hijas las revistas y novelas modernas; encaminadlas á la vieja biblioteca todos los días lluviosos y dejadlas solas. Allí encontrarán lo que es bueno para ellas; vosotros no sabríais, pues en esto consiste justamente la diferencia entre la formación de un carácter de doncella y la formación de un carácter de muchacho; en que podréis cincelar la estructura espiritual de un muchacho, como cincelaríais una roca, ó forjarla á martillazos, si es de mejor especie, como forjaríais una pieza de bronce. Pero nunca forjaréis el carácter de una doncella. Crece como crece la flor, y la falta de sol la marchitará; se doblará sobre su tallo como un narciso, si no le dais bastante aire; puede caer y ensuciar su cabeza en el polvo, si la dejáis sin apoyo en ciertos momentos de su vida, pero no lograréis encadenarla; por sí sola tomará su hermosa forma y su camino, si ha de tomar alguno, y es preciso, que así de alma como de cuerpo, conserve siempre

«Su aire casero, jovial y suelto
y su paso de virginal libertad».

Dejadla libre, digo, en la biblioteca como un cervatillo en el campo. Conoce éste las malas hierbas mil veces mejor que vosotros y las buenas también, y así ramoneará algunas amargas y espinosas que le harán bien, cuando vosotros no llegaríais siquiera á sospecharlo.

Luego, en arte, ponedla delante de los mejores modelos y dejad que se ejercite en ellos con esac-

titud y perfección, de modo que sea más capaz de comprender que de realizar. Digo los mejores modelos, es decir, los más verdaderos, los más simples y los más útiles. Anotad estos epítetos que se ciernen sobre todas las artes. Comprobados en la música, donde podéis creerlos menos aplicables. Los más verdaderos digo, esto es, aquellos en que las notas espresan más estrecha y fielmente el sentido de las palabras ó el carácter de la emoción propuesta; los más simples, esto es, aquellos en que el sentido y la melodía se obtienen con el menor número de notas y las más significativas que sea posible, y, finalmente, los más útiles, esto es, aquellos en que la música hermosea las mejores palabras, las graba embelesadas en la memoria, cada una con su gloria y sonido, y las aplica justamente al corazón en el momento en que nos hace falta.

Mas no sólo en las materias y en el desarrollo, sino todavía más cuidadosamente en su espíritu, la educación de la doncella ha de ser tan seria como la de los muchachos. Educáis á vuestras hijas como muebles de adorno, y luego os quejáis de su frivolidad. Dadles las mismas ventajas que dáis á sus hermanos, apelad en ellas á los mismos grandes instintos de virtud, enseñadles asimismo que la verdad y el valor son las columnas de su existencia, y no temáis que no respondan al llamamiento, valerosas y sinceras como son ahora mismo, cuando no ignoráis que en este país cristiano hay apenas escuelas de muchachas en que el valor y sinceridad de los niños no se aprecie dos veces menos que su manera de presentarse en un salón y cuando todo el sistema de la sociedad concerniente al modo de establecerlas en la vida es una infecciosa peste de cobardía y de impostura—de cobardía en no arriesgarse á dejarlas vivir y amar sino como quieren sus vecinos, y de impostura en hacer brillar á los ojos de las doncellas, como objeto de su propio esplendor, las peores vanidades del mundo, en el preciso momento en que toda la dicha de su existencia futura depende de su firmeza en no dejarse deslumbrar.

Y dadles, finalmente, no sólo nobles enseñanzas, sino también nobles maestros. Antes de enviar vuestro hijo al colegio reflexionáis un poco qué maestro le conviene; cualquiera que sea, le concedéis al menos completa autoridad sobre vuestro hijo y le manifestáis vuestro propio respeto; si viene á comer en vuestra casa no le colocáis aparte en otra mesa; sabéis asimismo que en el colegio el maestro inmediato de vuestro hijo quedará bajo la dirección de otro maestro superior á quien reverenciáis en absoluto. Al Decano de Christ Church ó al Rector de la Trinidad no les tratáis como á inferiores vuestros.

Pero qué maestros dáis á vuestras hijas y qué respeto demostráis á las institutrices que les habéis escogido? Es posible que una muchacha dé importancia á su propia conducta ó al desarrollo de su inteligencia, cuando confiáis la entera formación de su carácter moral é intelectual á una persona á quien permitís que vuestros criados traten peor que al ama de gobierno (como si el ama de vuestra hija fuese de menor cuidado que las conservas y las especias) y á quien os figuráis honrar permitiéndole sentarse en el salón de cuando en cuando por la noche?

Tal es, pues, el auxilio que le prestarán la ciencia y el arte. Hay otro auxilio á que no puede renunciar, uno que por sí solo ha hecho algunas veces más que todas las influencias restantes: el de la Naturaleza hermosa y salvaje. Oíd lo que sigue acerca de la educación de Juana de Arco:

«La educación de esta pobre muchacha fué vulgar, según la regla actual, é inefablemente grande según la regla de la filosofía más pura, y no es buena para nuestra época, porque es demasiado elevada para nosotros...

«A las ventajas espirituales y luego á las ventajas de su situación debe Juana lo que fué. La fuente de Domremy estaba al borde de una selva inmensa, tan frecuentada por las hadas, que el cura

tenía precisión de leer allí su misa una vez al año para mantenerlas en decentes límites...

«Pero los bosques de Domremy eran la gloria del país; en ellos moraban misteriosos poderes y secretos antiguos que los dominaban con fuerza trágica. Había allí abadías y ventanales de abadías «semejantes á los moriscos templos de los Indos» que extendían su poder real hasta en Turena y en las dietas germánicas. Estas abadías tenían sus dulces campanas que al toque de maitines ó de vísperas resonaban en los bosques á muchas leguas á la redonda y cada una estaba envuelta en una leyenda soñadora. Bastante raras y diseminadas, no turbaban estas abadías la profunda soledad de la región, y, no obstante, eran lo suficiente numerosas para estender una red ó velo de santidad cristiana sobre lo que otro modo pareciera un desierto pagano». ¹

Ciertamente que no podéis ahora tener en Inglaterra un bosque profundo de diez y ocho millas de radio; pero quizá podríais guardar una ó dos hadas para vuestras hijas, si deseárais guardarlas. Pero, acaso lo deseáis? Suponed que cada uno de vosotros tuviese detrás de su casa un jardín, bastante grande para que jugase su hijo, y un prado donde hubiese el sitio suficiente para correr, nada más que esto, y que no pudiese cambiar de morada; pero que pudiese, si lo prefería, doblar ó cuadruplicar su renta abriendo un pozo de carbón en medio del prado y convirtiendo los bancales de flores en montones de coque. Lo haríais? Espero que no. Puedo aseguraros que de hacerlo no tendríais razón, aunque vuestra renta aumentase en la proporción de un cuatro á un sesenta por ciento.

Y sin embargo, esto estáis haciendo en toda Inglaterra. El país entero es un jardincillo, no más que lo suficiente para que vuestros hijos corran por el césped, si los dejáis correr por él. Y este

¹ «Juana de Arco, según la *Historia de Francia* de Michelet». Obras de De Quincey, volumen III, página 217.

jardincillo lo convertiréis en un alto horno y lo llenaréis de montones de cenizas, si es posible; y no vosotros, sino vuestros hijos, sufrirán por esto. Pues no todas las hadas irán al destierro. Hay hadas de los altos hornos, como las hay de los bosques, y sus primeros dones parecen «las agudas saetas del poderoso», y los últimos semejan «carbones de enebro».

Sin embargo, no puedo—aunque nada sienta tanto en mi trabajo—inprimir esto en vuestros corazones; porque hacemos tan débil uso del poder de la naturaleza, mientras la poseemos, que apenas sentimos su pérdida. En la otra orilla del Mersey tenéis vuestro Snowdon y vuestro Menai Straits, y esta formidable roca de granito más allá de los pantanos de Anglesea, espléndida en su cresta cubierta de matorrales, y con el pie sumergido en el profundo mar; roca sagrada en otro tiempo, divino promontorio que mira al Occidente, el Holy Head ó Headland, que todavía hoy inspira un religioso terror cuando su roja claridad brilla á través de la tormenta. Tales son las montañas, las bahías y las islas azules que hubiesen sido siempre amadas entre los griegos, influyendo poderosamente en el alma nacional. Este Snowdon es vuestro Parnaso¹; pero dónde están sus Musas? Este monte de Holy Head es vuestra isla de Egina; pero, dónde está su templo de Minerva?

No sé si leeros lo que ha llevado á cabo la Minerva cristiana hasta 1848, á la sombra de vuestro Parnaso. He aquí un breve apunte sobre una escuela galesa, tomado en la pág. 261 del informe sobre el País de Gales, publicado por la junta del Consejo de Instrucción pública. La escuela está cerca de una ciudad que cuenta 5,000 habitantes:

¹ El monte que los antiguos Griegos consagraron á las Musas, las diosas de la poesía y de la meditación.

«Entonces llamé á una clase numerosa, cuyos alumnos acababan de entrar en su mayoría á la escuela. Tres niñas declararon repetidamente que nunca habían oído hablar de Jesucristo, y dos que no habían oído nunca hablar de Dios. De cada seis, dos creían que Jesucristo estaba en la tierra todavía (aún podían haber tenido una idea peor): tres no sabían nada de la crucifixión. De cada siete, cuatro no conocían los nombres de los meses ni el número de los días del año. Carecían de toda noción de suma: más allá de dos y dos y de tres y tres, su inteligencia estaba perfectamente vacía».

Oh, vosotras, mujeres de Inglaterra!, desde la princesa de este País de Gales hasta la más modesta, no imaginéis que vuestros hijos puedan ser conducidos al verdadero redil del eterno reposo, mientras vaguen dispersos por las colinas como ovejas sin pastor. No imaginéis que vuestras hijas puedan levantarse hasta la verdad de su propia belleza humana, mientras los encantadores lugares que Dios creó para que les sirviesen de escuela y sitio de recreo permanezcan sucios y desolados. No podéis justamente bautizarles en vuestras mezquinas fuentes bautismales, si no les bautizáis también en las dulces aguas que el gran Legislador hace brotar eternamente de las rocas de vuestro país natal—aguas que los paganos habrían adorado en su pureza y que vosotros adoráis solamente profanándolas. No podéis conducir fielmente los hijos á vuestros estrechos altares, tallados con vuestras hachas, mientras los altares sombreados por el azul de los cielos—las montañas que sostienen el trono de vuestra isla, estas montañas donde los paganos habrían visto reposar los poderes del cielo en cada pico coronado de nubes—permanezcan para vosotros sin inscripción; altares levantados, no á un Dios desconocido, sino creados por Él!

La caridad femenina

No basta, según Ruskin, que la mujer ideal guarde su hogar tranquila y feliz. Importa que sus simpatías se extiendan á otras mujeres menos dichosas, que no poseen lo que ella tiene y que aspiran á un poco de alegría. Estas vidas ínfimas y resignadas deben ser los Jardines de estas Reinas y este pensamiento le inspira las páginas que siguen, un himno á la caridad, pudiera titularse.

Generalmente tenemos la impresión de que los deberes del hombre son públicos y privados los de la mujer. Pero no es enteramente así. El hombre tiene una obra ó deber personal relativo á su propio hogar, y una obra ó deber público, que es la expansión del otro, relativo al Estado. Asimismo la mujer tiene una obra ó deber personal relativo á su propio hogar, y una obra ó deber público que es también la expansión de aquél.

Ahora bien: la obra del hombre en su propio hogar consiste en asegurar, como se ha dicho, su permanencia, su progreso y su defensa; la obra de la mujer estriba en asegurar el orden, la comodidad y la gracia.

Estended ambas funciones. El deber del hombre, como miembro de la comunidad, consiste en contribuir á la permanencia, al progreso y á la defensa del Estado. El deber de la mujer, como miembro de la comunidad, estriba en contribuir al orden, al bienestar y al embellecimiento del Estado.

Lo que el hombre es en la puerta de su casa, defendiéndola si es preciso contra el insulto y la espoliación, debe serlo también, no menos, sino

más devotamente en la frontera de su patria abandonando, si es preciso, su hogar al invasor, para llenar allí su misión más propia.

Y del mismo modo, lo que ha de ser la esposa detrás de las puertas de su casa, centro de orden, bálsamo de la aflicción y espejo de la belleza, lo ha de ser también en el exterior, donde el orden es más difícil, la aflicción es más inminente y más rara la gracia.

Y así como en el fondo del corazón humano hay un instinto para todos sus reales deberes—instinto que no se puede ahogar, sino falsear y corromper, apartándolo de sus verdaderos designios—; así como hay el intenso instinto del amor que, rectamente disciplinado, mantiene todas las santidades de la vida, y mal dirigido, las socava, debiendo optarse por lo uno ó por lo otro, así también hay en el fondo del corazón humano un instinto inestinguible: el ansia de poder que, rectamente dirigido, mantiene toda la majestad de la ley y de la vida, y mal dirigido las hace naufragar.

Profundamente arraigado en la vida íntima del corazón del hombre y la mujer, allí lo puso Dios y allí lo guarda. En vano y falsamente censuráis ó reprendéis el deseo de poder! Por amor de Dios y por vosotros mismos deseadlo con todas vuestras fuerzas. Pero qué poder? He aquí toda la cuestión. El poder de destruir? El de la garra del león y el del hálito de la serpiente? No por cierto. El poder de curar, de redimir, de guiar y de proteger. El poder del cetro y del escudo; el poder de la mano real, que cura con su tacto, que sujeta al enemigo y da libertad al prisionero; el trono levantado sobre la roca de la justicia, y del cual se desciende solamente por las gradas de la misericordia. No ambicionaréis semejante poder, no pretenderéis un trono como éste, y no desearéis elevaros á la condición de reinas, en vez de quedaros como mujeres de su casa?

Hace mucho tiempo que las mujeres de Inglaterra se atribuyeron universalmente un título que

antes sólo pertenecía á la nobleza; y habiendo usado en otro tiempo el simple título de *gentlewoman*, que corresponde al de *gentleman*, insisten ahora en el privilegio de aplicarse el título de *Lady*¹, que propiamente corresponde al de *Lord*.

No las censuro por eso, sino por las menguadas razones que las han movido. En buenahora que desearan y pidiesen el título de *Lady*, con tal que reclamasen, no sólo el título, sino la función y el deber que implica. *Lady* vale tanto como «distribuidora de pan», y *Lord* vale tanto como «sostenedor de la ley», y ambos títulos hacen referencia, no á la ley que se sostiene en la casa ni al pan que se distribuye en el hogar, sino á la ley sostenida para la multitud y al pan que se corta para la multitud. De tal modo, que un *Lord* reclama legalmente su título sólo cuando es sostenedor de la justicia del Señor de los señores; y una *Lady* lo reclama legalmente sólo cuando presta á los pobres representantes de su Maestro la ayuda que en otro tiempo fué permitido á las mujeres que le asistían con sus bienes, proporcionar al Maestro mismo, y cuando es reconocida, como Aquél lo fué una vez, cortando el pan.

Y este dominio legal y bienhechor, este poder del *Dominus* ó «señor de la casa» y de la *Domina* ó «señora de la casa», es grande y venerable, no por el número de sus antepasados, sino por el número de los que abraza dentro de su imperio; y es mirado siempre con reverente adoración donde quiera que su dinastía se funda en el deber y su ambición corresponde á su beneficencia. Acaso

¹ Desearía que para nuestra juventud inglesa hubiese instituída una verdadera orden de caballería de cierto rango, en que jóvenes y doncellas recibirían, á una edad determinada, la dignidad de *dama* ó *caballero* por un verdadero título, que sólo se obtendría mediante examen y prueba de carácter y de talento, título que sería quitado al convencerse sus iguales de haber cometido una acción deshonrosa. Una institución parecida sería posible, con todos sus nobles resultados, en una nación que amase el honor. Que no sea posible entre nosotros, no dice nada en contra del proyecto.

vuestra fantasía goza con el pensamiento de ser nobles *Ladies* con séquito de vasallos? Sea; vuestra nobleza nunca será excesiva, ni vuestro séquito demasiado grande; pero atended á que vuestro séquito sea de vasallos que vosotras sirváis y alimentéis, no simplemente de esclavos que os sirvan y alimenten; y que la multitud que os obedece sea, no de los que habéis oprimido, sino de los que habéis consolado; no de los que reducísteis á cautiverio, sino de los que habéis redimido.

Y esto, que es verdadero en el humilde dominio del hogar, lo es asimismo en el dominio de la reina; esta dignidad excelsa os será otorgada si queréis aceptar también sus excelsos deberes. *Rex et Regina — Roi et Reine* — los «hacedores de lo justo», difieren de la *Lady* y del *Lord* en que su poder es supremo, así sobre el espíritu como sobre el cuerpo — no sólo nutren y visten, sino que dirigen y enseñan. Y así, lo sepáis ó lo ignoréis, tenéis que ser entronizadas en muchos corazones, y no podéis desechar esta corona; siempre seréis reinas; reinas para vuestros amantes, reinas para vuestros esposos y para vuestros hijos, reinas envueltas en un misterio excelso para la gente extraña que se inclina y se inclinará siempre ante la corona de mirto y el cetro immaculado de la mujer. Pero, ay!, que á menudo sois reinas perezosas é indolentes y buscáis vuestra majestad en las cosas miserables, abdicándola en las más nobles, y dejáis que el desorden y la violencia hagan su obra entre los hombres, en menoscabo de este poder que recibisteis directamente del Príncipe de toda Paz, y que las malas de vosotras lo traicionan, en tanto que las buenas lo olvidan.

«Príncipe de la Paz». Reparad en este nombre. Cuando los reyes, los nobles y los jueces de la tierra gobiernan en su nombre, en su menguado dominio y en su medida mortal, reciben su poder. Son los únicos gobernantes; un gobierno distinto del suyo es confusión; los que gobiernan verdade-

ramente *Dei gratia*¹ son príncipes y princesas de la Paz. No hay una guerra en el mundo, no hay una injusticia, de que vosotras, mujeres, no seáis responsables; no por haberlas provocado, sino por no haberlas impedido. Los hombres, por su naturaleza, se inclinan á combatir, combatirán por cualquier causa ó por ninguna. A vosotras os toca escoger por ellos la causa ó vedarles la lucha cuando no existe causa alguna. No hay en la tierra sufrimientos, injusticias ó miserias que no os sean imputables. Los hombres pueden soportar la vista de estas cosas; pero vosotras no deberíais poderla soportar. Los hombres pueden hollarlas, indiferentes en los combates; pero los hombres son débiles en simpatía y pobres en esperanza; sólo vosotras podéis sentir la profundidad de la pena y concebir la manera de curarla. En vez de esforzaros en hacerlo, lo descuidáis; os encerráis detrás de los muros de vuestros parques y las puertas de vuestros jardines, y os contentáis con saber que al otro lado hay un mundo entero en estado salvaje; un mundo de secretos que no os atrevéis á penetrar, y de sufrimientos que no os atrevéis á concebir.

Tengo para mí que este es el más asombroso fenómeno de la humanidad. No me sorprende la bajez a á que puede ser arrastrada la humanidad cuando se aparta del honor. No me maravilla la muerte del avaro, cuyas manos, al relajarse, dejan caer el oro. No me maravilla la vida del hombre disoluto, que anda con la mortaja arrollada á los pies. No me maravilla la muerte sin amparo de una víctima sola, cometida por el asesino en la oscuridad del ferrocarril ó en el cañaveral de la marisma. Ni siquiera me maravillan los millares de asesinatos cometidos en las multitudes, altivamente y á la luz del día, por la locura de las naciones, ni los numerosos y no imaginables delitos acumulados desde el infierno al cielo por sus sacerdotes y sus reyes. Pero es maravilloso para mí—oh cuán maravilloso!—ver

¹ Por la gracia de Dios.

á la tierna y delicada mujer que da el pecho á su hijo, abdicar su majestad para jugar á la prioridad¹ con su vecina del lado, teniendo, como tiene, si quisiera ejercerlo, sobre el hijo y sobre el padre, un poder más puro que el aire del cielo y más fuerte que los mares de la tierra; un mundo de bendiciones que su esposo no cambiaría por la tierra misma, aunque se formase de una sola y perfecta piedra preciosa. Es maravilloso — oh cuán maravilloso! — verla por la mañana con sus inocentes sentimientos remozados, salir al jardín, jugar con los pétalos de sus flores abrigadas y levantar sus cabezas cuando se doblan, con una sonrisa de felicidad en los labios y sin celajes la frente, porque un menguado muro rodea su retiro de paz; y, sin embargo, su corazón le diría, si quisiera tan sólo mirar para enterarse, que al otro lado de este muro cubierto de rosas, la hierba salvaje que cierra el horizonte es arrancada por la agonía de los hombres y allanada por las corrientes de su sangre.

Habéis considerado alguna vez el sentido profundo que se oculta ó, si lo preferís, que podría leerse en la costumbre de arrojar flores ante los que creemos más felices? Imagináis que es simplemente para engañarles con la esperanza de que la felicidad caerá siempre como lluvia á sus pies, y que dondequiera que pasen pisarán hierbas de suave perfume, y que el áspero suelo será ablandado para ellos con tapices de rosas? Tan seguro como lo creen es que, al contrario, pisarán espinas y amargas hierbas; sólo la nieve será blanda á sus pies. Pero no hubo la intención de que lo creyeran así; esta vieja costumbre encierra un sentido mejor. El sendero de una buena mujer está ciertamente sembrado de flores; pero nacen detrás de sus pasos, no delante de ellos. «Sus pasos han herido la pradera, dejando en pos de sí las rosadas margaritas²».

¹ Primacia, principalía

² Palabras del ilustre poeta inglés Tennyson, en su poema *Maud*.

Creéis que se trata de una fantasía amorosa, falsa y vana? Y si fuese verdad? Quizás consideréis asimismo como fantasía de poeta que

Hasta la liviana campanilla levanta la cabeza
inclinada por sus aéreos pasos.

Pero es decir poco de la mujer decir que no destruye nada donde pasa. Debería hacer revivir; las campanillas tendrían que florecer, en vez de encorvarse, cuando pasa. Creéis que me lanzo á hipóboles¹ locas? Perdonad, nada menos que eso. Quiero decir lo que digo con calma inglesa, diciendo resueltamente la verdad. Sin duda habéis oído decir—y creo que hay en ello algo más que fantasía; pero admitamos que lo sea—que las flores sólo florecen en el jardín de quien las ama. Conozco que os gustaría que fuese verdad; pensáis que sería de una magia encantadora poder aumentar con una mirada bondadosa la brillante frescura de vuestras flores; que aún lo sería más si vuestras miradas tuviesen, no sólo el poder de regocijar, sino de proteger, si pudiéseis ordenar al negro pulgón que se alejara y á la oruga que fuera sobria, si pudiéseis mandar al rocío que cayera cuando la sequía agosta las flores, y decir al viento del Sur cuando hiela: «Ven, viento del Sur, sopla por mi huerto y que corran sus olores». No tendríais esto como una gran cosa? Y no apreciaríais como cosa mayor, que todo esto y mucho más pudiéseis hacerlo por flores más bellas que las otras—flores que podrían bendeciros por haberlas bendecido y amaros por haberlas amado—; flores que tienen pensamientos semejantes á los vuestros y una vida semejante á vuestra vida, y que, salvadas una vez, quedarían á salvo para siempre? Sería este un menguado poder? A lo lejos, entre los aguazales y las rocas; á lo lejos, en la oscuridad de las calles terribles, yacen estas débiles florecillas, con sus frescas hojas desgarradas y sus tallos magullados. No descenderéis nunca hasta ellas,

¹ Exageraciones.

ni las pondréis en orden en sus humildes y olorosos bancales, ni las resguardaréis en sus temblores del ábrego fiero? Para vosotras una mañana seguirá á otra mañana, pero no para ellas; y apuntará el alba para descubrir en lontananza las frenéticas Danzas de la Muerte¹; pero no apuntará para aspirar por esos bancales vivientes de violetas salvajes, de madre selvas y de rosas, ni para llamaros (no por el nombre de la dama del gran poeta inglés, sino por el de la gran Matilde del Dante, que á orillas del venturoso Leteo teje guirnaldas de flores), diciendo:

«Ven al jardín. Maud.

que el negro nocturno murciélago se ha escondido,
y la brisa nos trae el perfume de las madre selvas,
y el olor de las rosas corre por el aire»²

Descenderéis hasta esas dulces cosas vivas, cuyo nuevo valor, surgido de la tierra y animado con el color profundo de los cielos, se remonta á lo alto con el ímpetu del campanario bendito, y cuya pureza, limpia de polvo, se transforma, capullo por capullo, en flor de esperanza? A vosotras se vuelven y por vosotras. «Escucha el paso de la alondra—Le oigo, le oigo! Y el lirio susurra: «Espero».

Habéis observado que dejé dos versos al leeros la primera estrofa? Pensáis que los había olvidado? Escuchadlos ahora:

«Ven al jardín, Maud.

que el negro nocturno murciélago se ha escondido.

Ven al jardín, Maud,

que estoy solo aquí en la puerta».

Y vosotras pensaréis: Quién está en la puerta de este dulce jardín, solo y esperandoos? No habéis

¹ El Autor se refiere á una nota de otra conferencia suya, en que, tomándolo del *Morning Post*, se da cuenta de una bacanal á que asistían miembros del Parlamento y algunos pares de Inglaterra.

² Conocida alborada de Tennyson, en su poema *Maud*: se canta y es clásica en Inglaterra.

oído hablar nunca, no de una Maud, sino de una Magdalena que bajó á su jardín al romper el alba y se encontró esperando á Uno que supuso sería el jardinero? No le habéis buscado en vano muchas veces durante la larga noche? no le habéis buscado en vano en la puerta del viejo jardín, donde está plantada la espada de fuego? Nunca está allí, sino esperándoos siempre en la puerta de *este* otro jardín—esperándoos para cogeros de la mano,—dispuesto á bajar para ver los frutos del valle, para ver si ha echado flores la vid, y botones el granado. Allí veréis con Él los diminutos zarcillos de las vides que Su mano guía—allí veréis crecer el granado donde su mano arrojó la semilla de color de sangre—y mejor aún, veréis los ejércitos de ángeles de la guarda alejar con sus alas á las aves hambrientas de los surcos donde esparció Él su semilla, gritándose unos á otros á través de las viñas: «Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas que echan á perder las viñas, porque nuestras viñas están cargadas de tiernos racimos». Oh, reinas! Oh, reinas! Tendrán guaridas las zorras y nidos los pájaros del aire en las colinas y en los verdes bosques de vuestra tierra, y gritarán las piedras contra vosotras en vuestras ciudades que sólo ellas son las almohadas donde el Hijo del Hombre puede reclinar su cabeza?

